

Primera parte

«Las naciones en el exterior se guían por su propio interés y no por sentimentalismos, pesan las realidades y no las ficciones. La alianza de Su Majestad británica con Stalin es un ejemplo. Por eso en el orden internacional no existe nunca nada definitivo, las naciones son hoy amigas y mañana enemigas, según les dicte su propio interés. La mejor defensa de España descansa en su unión y en su fortaleza, traducida por el valor de sus hombres, el vigor de su política y su voluntad firme ante el peligro.»

Carta de Francisco Franco a Don Juan de Borbón, fechada en Madrid el 21 de mayo de 1943.

I

Camarada Stalin:

Te escribo esta carta una vez puesto a salvo de los peligros que me acechaban. La vida de un agente secreto está siempre amenazada, a veces por los enemigos y otras muchas por sus propios amigos.

A lo largo de estos años de servicios a ti y a la gran patria, he participado en numerosas operaciones de gran importancia. De entre todas ellas, yo destacaría la que se llevó a cabo en Barcelona hace muy poco, en el verano de 1938.

España, un país de agricultores, vivía por entonces el segundo año de la Guerra Civil entre el ejército sublevado, al mando del general Franco, y las fuerzas republicanas. Los nazis alemanes y los fascistas italianos habían intensificado su ayuda militar a los rebeldes. Nosotros, desde la Unión Soviética, con el Mediterráneo medio bloqueado y la frontera francesa cerrada, hacíamos lo que podíamos para socorrer a la República después del abandono de Inglaterra y Francia.

Barcelona era aún plaza republicana. Allí estaban encerrados en prisiones los disidentes trotskistas del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) opuestos a ti y a los camaradas del Partido Comunista español. En aquel mes de agosto de 1938 ya llevábamos bastante tiempo buscando pruebas para condenar a aquellos traidores en un juicio, pues el presidente del Gobierno de la República, nuestro amigo Juan Negrín, no deseaba misteriosas desapariciones, sino procesos judiciales ordinarios contra los acusados.

Todo empezó por iniciativa tuya. Tu orden se esperaba desde hacía tiempo, y, nada más llegar ésta a Barcelona a principios de agosto, nuestro agente se puso en marcha...

2

Para cuando los soldados que custodiaban la entrada a la plaza Mayor de Burgos dejaron el paso libre a Urquiza, el general Francisco Franco ya terminaba su discurso a las tropas nacionales formadas ante él:

—Cuando se lucha en las trincheras como se lucha, cuando se muere en los frentes como se muere, cuando se defiende a España como la defienden falangistas, requetés y soldados, hay una raza y hay un pueblo...

«¡Viva ese pueblo!», gritó una voz desde el fondo.

—A esa lucha, a esa sangre generosa, a ese heroísmo tiene que corresponder la retaguardia vibrando, animando al centinela, animando al combatiente, llevando los ánimos de España para acabar pronto con la paz y que triunfe la justicia en nuestro pueblo con los ideales que están grabados en el corazón de todos los españoles de justicia, de fraternidad, de amor a España, de grandeza de la patria que es este Movimiento. Todo grandeza. El abrazo entre todos, porque tenemos que construir y llevar un camino grande y seguir llevando sobre los hombros de los españoles el imperio legendario y tradicional que la juventud española forjará. Y lo forjará porque lo está jurando con su sangre pródiga, porque lo está diciendo en los campos de España y porque está en el corazón de todos los españoles que gritan: «¡Arriba España!»

«¡Arriba!!», respondió con una sola voz la delegación del Cuerpo de Ejército de Castilla.

Entre los vivas a Franco se dio la orden de firmes, y la banda del regimiento interpretó los compases de la *Marcha Real*. A su término, los numerosos civiles admitidos en la plaza prorrumpieron en aplausos y más vivas mientras el general Franco entregaba a su ayudante la cuartilla que había leído y descendía de la tarima para perderse entre el espeso enjambre de militares que lo condujo hacia su coche.

Urquiza vio alejarse a la comitiva del Generalísimo más allá de los brazos en alto y las armas de los regulares. Usó el sombrero como parasol y, poniéndose de puntillas, trató de localizar a alguien. Entre el color gar-

banzo de los uniformes de las tropas moras y el tarbús rojo de los oficiales, vio a un hombrecillo de rostro cadavérico vestido con un traje negro que le hacía señas con la mano al pie de una columna.

—Llega tarde, Urquiza —dijo el hombre de negro cuando Urquiza hubo llegado junto a él—. Pensé que había olvidado el lugar donde nos habíamos citado.

—He tenido muchos problemas para acceder a la plaza.

—Vamos, nos esperan en el cuartel general. Tenemos que darnos prisa.

Urquiza asintió, y, juntos, emprendieron el camino sorteando civiles y militares.

—He dado al coronel Ungría unas referencias excelentes sobre usted —continuó el hombrecillo de negro—. En concreto, le he detallado los servicios que nos ha prestado desde la embajada en Washington.

La plaza vomitó a todos los asistentes al discurso a través de sus accesos y en pocos minutos quedó prácticamente vacía. Urquiza y su acompañante siguieron a un pequeño batallón italiano por San Lorenzo. Los rayos del sol de agosto caían perpendiculares a mediodía entre las estrechas callejas burgalesas disolviendo las sombras del suelo como azucarillos.

—¿Quién es el coronel Ungría? —preguntó Urquiza.

—El responsable del Servicio de Inteligencia y Policía Militar, o sea, el jefe del espionaje nacional. Él le explicará su misión.

Al torcer a la derecha por San Juan, vieron salir de un café a un hombre alto con una abundante mata de pelo negro peinado a raya. Aquel individuo se les paró delante cortándoles el paso.

—Anda, es usted —dijo con un marcado acento inglés dirigiéndose al hombre de negro—. ¿No tendrá algo para mí?

—No —respondió el acompañante de Urquiza—. Tenemos prisa, no nos estorbe por favor.

—Bueno, bueno. Quizá más tarde.

Urquiza y el hombre de negro rebasaron al inglés por ambos lados y siguieron su camino. Urquiza se volvió y vio a aquel tipo saludándole con la mano con una amplia sonrisa.

—¿Quién es ése? —preguntó.

—El corresponsal de guerra de *The Times*. Un pelmazo de tomo y lomo. Apresúrese, vamos con retraso.

Los dos hombres llegaron a un edificio de piedra jalonado con la bandera rojigualda en el que se albergaban todos los servicios del cuartel general del Generalísimo. Los guardias reconocieron al acompañante de Urquiza y les dejaron pasar sin solicitarles ninguna identificación. Tampoco saludaron a su paso.

El hombrecillo de rostro cadavérico condujo a Urquiza al segundo piso, sorteando militares de distinta graduación. Dejó atrás varias puertas a ambos lados de un largo y estrecho pasillo y se detuvo frente a la última. Llamó y esperó a recibir permiso para entrar. Una vez dentro, los dos visitantes se encontraron con un oficial.

—Llegan ustedes tarde —dijo el militar—. El coronel Ungría dispone de sólo cinco minutos.

Los dos hombres llamaron a una puerta doble situada al otro lado del antedespacho y accedieron a una sala de paredes paneladas. Detrás del escritorio, entre la bandera nacional y la de la Falange, un militar de rostro cerúleo, nariz aguileña y ojos saltones leía unos informes. Apenas reparó en los dos visitantes que tenía de pie frente a él.

—Mi coronel —empezó el acompañante de Urquiza—, le presento al agente del que le hablé.

Ungría dejó los papeles sobre la mesa y miró de arriba abajo a aquel hombre barbudo que sostenía el sombrero frente a sí con las dos manos.

—¿No se cuadra? —preguntó el coronel casi sin abrir los labios.

Urquiza miró extrañado al hombre de negro. Éste respondió por él:

—El agente Urquiza es civil, mi coronel.

—Civil... Está bien, siéntense —ordenó el militar.

El coronel abrió un cajón de su escritorio y sacó de él una carpeta azul cerrada con dos gomas. La abrió y extrajo de su interior un papel de color rosado. Lo sostuvo entre los dedos mientras miraba fijamente a Urquiza.

—¿Sabe usted qué era el POUM? —preguntó a bocajarro.

Urquiza titubeó:

—¿Un partido político de izquierdas?

—Exacto —contestó el coronel satisfecho—. Sus siglas significan: «Partido Obrero de Unificación Marxista». El POUM fue fundado en Barcelona en 1935 y era de ideología trotskista, y, por ello, opuesto al Partido Comunista, que es estalinista. Como supongo que sabrá, los comunistas son el brazo político de la Unión Soviética en España. El POUM y los comunistas eran enemigos mortales.

—¿Y por qué habla usted del POUM en pasado? —preguntó Urquiza extrañado.

—Porque hace un año Stalin, durante la purga que llevó a cabo contra Trotski, ordenó a sus agentes del servicio secreto en España que acabasen con el POUM. El presidente del Gobierno rojo Juan Negrín está en manos de los comunistas y de los soviéticos, así que los agentes de Stalin no tuvieron ningún impedimento para asesinar al fundador del POUM, ilegalizar el partido y encerrar a todos los dirigentes a los que pudieron echar el guante. El POUM prácticamente dejó de existir, y sus militantes se convirtieron en proscritos y pasaron a la clandestinidad. —Ungría hizo una breve pausa mientras examinaba con atención el papel rosado—. Aquello los convirtió en enemigos mortales de Negrín.

El coronel volvió a clavar sus penetrantes ojos en Urquiza.

—¿Acaso estas noticias no le llegaron a Estados Unidos? —preguntó el militar.

—Algo oí acerca de unos disturbios entre rojos en Barcelona el año pasado, en el 37.

Ungría encendió un cigarrillo y volvió a hablar entre su humo azulado.

—Esta primavera, la guerra la teníamos prácticamente ganada. Los rojos estaban desmoralizados después de que consiguiésemos llegar al Mediterráneo, pero, sin embargo, sacaron fuerzas de flaqueza para lanzar hace unos días una ofensiva en el Ebro.

—Estamos sufriendo graves pérdidas en el Ebro —apuntó el hombre de negro.

—El principal causante de este renacer rojo es Juan Negrín —continuó Ungría—. El muy cabrón solicitó a los sindicatos de Barcelona que enviasen al frente a sus hombres más enérgicos para radicalizar a la tropa en el combate, y, poco a poco, ha ido convenciendo a los suyos de que, si consiguen aguantar un poco más, conseguirán que nuestra guerra coincida con la que todo el mundo espera entre Francia y nuestros aliados alemanes, y entonces los franceses ayudarán a la República.

—Juan Negrín es una grave complicación para nosotros —intervino nuevamente el acompañante de Urquiza.

Ungría lo miró con semblante serio antes de proseguir.

—Por si esto fuera poco, Negrín ha empezado a perseguir a los desertores, obliga a los partidos políticos a hacer reclutamientos masivos y

envía a los parados y no combatientes a fortificar las líneas de repliegue. Para ello se apoya en el Partido Comunista, que lo sostiene y le procura la ayuda de la URSS.

La voz del coronel se fue agriando, trasluciendo el desprecio que sentía hacia el presidente del Gobierno de la República:

—Se gastó todas las reservas de oro en comprar armamento a la Unión Soviética, y ahora que se le ha acabado el oro ha solicitado un crédito de sesenta millones de dólares a Stalin para seguir comprando armas.

—Hemos sabido que Negrín envió a Moscú al embajador en París, Pascua, a negociar el crédito —apuntó el hombre de negro.

—Pero todo esto va a acabar pronto. —Ungría tendió el papel rosado a Urquiza—. Hace unos días, el cinco de agosto para ser exactos, recibimos este despacho de nuestros hombres en Irún. Léalo usted mismo.

Urquiza leyó para sí:

«Utilizando unos elementos del POUM, sería posible la realización de algún atentado contra Negrín o contra el ministro de Gobernación y posiblemente contra los dos, pues andan frecuentemente juntos. Esto sería bajo la base de facilitarles medios que les permitieran salir a Francia y embarcarse para América, como es su propósito. (Los elementos que tendrían que intervenir no han aceptado nuestro ofrecimiento de facilitarles la entrada en la España nacional.)»

Urquiza pasó el despacho al hombre de negro, pero éste negó con la cabeza. Lo devolvió al coronel, y éste lo guardó nuevamente en su carpeta.

—Dos días después enviamos nuestra respuesta —dijo—. En ella aceptábamos el trato. Les aseguramos que proporcionaríamos un pasaporte y cien dólares a cada uno de los hombres del POUM que participasen en la operación. Una vez que ésta se llevase a término de manera satisfactoria, claro está.

Urquiza siguió con atención el periplo de vuelta de la carpeta hasta el cajón del escritorio.

—¿Y están ustedes seguros de que esos *elementos del POUM* son sinceros? —preguntó—. ¿Saben al menos si son quienes dicen ser?

—La respuesta a ambas preguntas es «no». Y por eso está usted aquí. Nuestro amigo en común —añadió el coronel señalando con el mentón al hombre de negro— nos ha sugerido que una persona de su experiencia puede ayudarnos a determinar si el ofrecimiento de esos militantes del

POUM es viable. En caso afirmativo, debe usted asegurarse de que tengan éxito y de que Negrín muera.

—¿Dónde será el trabajo?

—En Barcelona. El Gobierno rojo tiene allí su sede desde octubre del año pasado. Hemos informado a los hombres del POUM de su llegada y éstos nos han pedido que se aloje en una pensión donde contactarán con usted.

Urquiza se reclinó sobre el respaldo de la silla relajando algo la pose rígida que había adoptado desde su entrada en aquel lugar. El hombre-cillo de cabeza cadavérica aprovechó aquellos segundos de silencio para hablar:

—Se trata de un trabajo de extrema complejidad —dijo—. Estará usted en todo momento en zona roja, en manos de nuestros enemigos, completamente a su merced. Sin posibilidad de contactar con nosotros o de obtener cualquier tipo de instrucción o indicación. Oficialmente no podemos saber nada de un asunto así.

Urquiza escuchó aquello sin apartar su atención de Ungría, que estaba apagando el cigarrillo a medio consumir.

—No todo son inconvenientes —dijo el coronel—. Hay una buena noticia, y es que no irá usted solo. Le acompañará el teniente Castro, uno de nuestros oficiales de inteligencia. Saldrán de la España nacional por Hendaya y viajarán juntos hasta Portbou, por donde accederán a Cataluña, a zona roja. Una vez allí, se separarán. Nadie, repito, nadie debe saber que Castro le acompaña, aunque en Barcelona podrá recurrir a él cuando lo necesite.

El coronel hizo una pausa, esperando tal vez una reacción de Urquiza, que no se produjo.

—¿Desea usted hacer alguna pregunta? —preguntó al fin Ungría.

—Sólo una —contestó Urquiza—. ¿Tiene el teniente Castro alguna experiencia en misiones en territorio enemigo?

—Ninguna.

El de negro esperó alguna reacción por parte de alguno de los dos hombres, y, comoquiera que ésta no se produjo, optó por levantarse de la silla. Urquiza le imitó. Saludaron al coronel alzando el brazo derecho y salieron del despacho.

Ungría volvió a sus informes.

Un sargento del cuartel general les había recomendado aquel restaurante. Según dijo, el salón comedor era limpio y tranquilo, y el servicio, atento. Sin embargo, Urquiza y el hombre de negro prefirieron una cena más informal en una de las mesas de madera ennegrecida situada frente a la barra de aquel local, bajo uno de los ventanales que daba a la calle. Junto a la caja registradora, un cartel escrito a mano recordaba que la blasfemia estaba castigada con quinientas pesetas.

—¿Tan mal nos va en el Ebro? —preguntó Urquiza casi al final de la cena—. ¿Cómo pudieron romper el frente los rojos con tanta facilidad?

—Porque Franco no fortifica las posiciones. Las deja medio desguarnecidas, confiando en la rapidez con la que puede enviar refuerzos desde atrás.

El hombre de negro dio un largo y sonoro sorbo a la taza de infusión que tomaba de postre. Echó un vistazo a los dos hombres que charlaban en la mesa de al lado y que bebían absenta y llamó la atención del camarero para pedir la cuenta.

—Ungría, el coronel al que acaba de conocer, informó a Franco del ataque rojo del Ebro, pero el Generalísimo no le hizo caso —dijo cuando el chico del bar se hubo marchado con el dinero—. En todo caso, yo confío en que esta ofensiva sea el canto del cisne republicano. La URSS está apretando para que se retiren los combatientes extranjeros de España, lo cual les interesa, pues cada vez tienen más problemas para introducir armamento por la frontera francesa. Al final, en el Ebro pasará como en Teruel y en Brunete. En unos días reconquistaremos el territorio perdido y pasaremos al ataque. Caerá Barcelona y la guerra habrá terminado.

Urquiza se inclinó hacia delante. Habló casi al oído de su interlocutor, bajando la voz:

—Si eso es cierto, ¿por qué este repentino interés en asesinar a Negrín?

—Porque si todo acaba antes podemos salvar vidas, ¿no? —respondió el hombrecillo de negro.

Urquiza se echó lentamente hacia atrás sin apartar la vista de su acompañante. Éste guardó el cambio y dejó una moneda de propina en el platillo.

—¿Nos vamos? —preguntó acto seguido.

—Yo me quedo. Tomaré una copa —respondió Urquiza.

—Bien. Nos veremos mañana en la estación. Recuerde que el tren a San Sebastián sale a las diez. Allí nos reuniremos con el teniente Castro.

Urquiza lo miró con desprecio y resopló:

—Ah, sí. La buena noticia...

—No sea quisquilloso, Urquiza. La presencia de Castro en Barcelona puede serle de gran ayuda.

—¿Un individuo sin experiencia en la retaguardia enemiga? No me haga reír.

El hombre de negro se levantó y recogió el sombrero del perchero que había a su espalda. Antes de salir, volvió a dirigirse a Urquiza.

—A las diez —dijo—. Sea puntual.

El agente nacional vio salir a su acompañante, llamó al camarero y le pidió una copa de Torres. Bebió lentamente mientras jugueteaba con las migas de pan que habían quedado dispersas por el mantel durante la cena. Cuando hubo apurado la primera copa, pidió otra. Mientras la esperaba, vio abrirse la puerta del bar, y por ella entró el corresponsal de *The Times* con quien se había cruzado por la mañana camino del cuartel general.

El periodista lo reconoció y, mostrando su permanente sonrisa, se acercó a él con paso vacilante. Al llegar, se apoyó con las dos manos en la mesa.

—¿Puedo invitarle a algo? —preguntó con un horrible acento británico.

Urquiza notó un desagradable aliento a licor.

—Claro, siéntese —respondió en inglés.

El camarero llegó con la copa. El agente nacional lo retuvo con un gesto.

—¿Qué va a tomar?

—Una como la suya.

Urquiza levantó los dedos índice y corazón. El chico se dirigió de vuelta a la barra.

—¿Tiene una cerilla? —preguntó el corresponsal en inglés mientras sacaba un cigarrillo de una pitillera de nácar.

Urquiza le encendió el pitillo.

—Perdón, no le he ofrecido. —dijo el periodista tendiéndole la pitillera—. ¿Fuma?

El agente nacional extrajo un cigarrillo, y lo examinó antes de encenderlo. El camarero llegó a la mesa con una bandeja y dejó la copa de Torres frente al cliente. Antes de retirarse, le lanzó una mirada desconfiada.

—Oh, brandy. El gran invento español. —El inglés se mojó los labios y chasqueó la lengua—. Delicioso. Lástima que tuviesen que copiárselo a los franceses.

Esta vez fue Urquiza quien esbozó una sonrisa.

—Me ha parecido que habla inglés con acento americano —dijo el periodista—. ¿Qué tal por Estados Unidos?

El agente español se encogió de hombros.

—Una buena razón habrá tenido para volver... o que le traigan de vuelta —insistió el corresponsal.

Urquiza ignoró al inglés perdiéndose entre el licor cobrizo de su copa.

—Vamos, dígame algo. Algo que no sea muy confidencial. Usted ha venido de América y está en compañía de..., bueno, ya sabe quién. Los dos lo conocemos. Su pequeño amigo es el contacto de los quintacolumnistas catalanes con el Ejército. Eso significa que usted debe de pertenecer al servicio secreto de Franco. ¿Y qué ha podido hacer en Estados Unidos un agente de Franco? Ejem... Se me ocurre algo: Texaco.

Urquiza notó que el tono de borrachín que apreció en la voz de aquel hombre al entrar había desaparecido casi por completo. Su pelo enmarañado aún conservaba la raya que peinaba horas antes.

—¿Texaco?

—Ajá. La compañía petrolera estadounidense que está surtiendo de carburante al Ejército nacional. Dígame: ¿cómo consiguieron que los americanos entregaran a Franco el petróleo que había pagado la República?

El inglés se inclinó hacia delante de modo instintivo con las últimas palabras, imprimiendo un tono confidencial a su pregunta. Urquiza se sacó el cigarrillo de los labios y bebió un trago de brandy.

—Supongo que Franco les habrá pagado mejor —apuntó.

—Vamos, no trate de tomarme el pelo —dijo el periodista. Franco no tiene un céntimo. Tanto Hitler como Mussolini le venden todo el armamento a crédito.

—Al contrario que Stalin a los rojos...

—Al contrario que Stalin —admitió el corresponsal—. Los rusos cobran por anticipado.

Urquiza terminó su copa e hizo señas al camarero para que trajese otras dos.

—De todas formas, Stalin tiene ya poco que hacer en España —comentó el inglés—. Con la frontera con Francia cerrada, los rojos no tienen manera de introducir más armas rusas.

—Quizá los franceses vuelvan a abrir la frontera.

—Imposible. Francia no se atreverá a provocar a Franco. Saben que va a ganar, y en el fondo aspiran a que se mantenga neutral cuando empiece en Europa la guerra contra Hitler.

El camarero recogió en la barra las copas que ya estaban preparadas. Al hacerlo, el dueño le cuchicheó algo al oído.

—De parte del jefe, que vamos a cerrar —dijo el chico mientras servía el brandy.

El inglés entregó un billete al camarero.

—¿Tan cerca está la guerra europea? —preguntó Urquiza bebiendo de un tirón la mitad de su copa.

—Hace unos meses le hubiese dicho que no —contestó el corresponsal—. Pero Hitler es insaciable. Ahora quiere un trozo de Checoslovaquia, los Sudetes, y quizá los consiga. Me cuentan mis colegas de Londres que nuestro Gobierno está esforzándose para zanjar la crisis checoslovaca de forma pacífica. Pero, después de los Sudetes, ¿qué vendrá? ¿Alsacia?

Urquiza se levantó y recogió su sombrero de la percha.

—¿Me permite que le acompañe? —preguntó el periodista extranjero poniéndose en pie.

—Claro.

Los dos hombres salieron del bar y el tenue frescor de la noche burgalesa los envolvió. Sólo estaba encendida una de cada cuatro farolas, las justas para que los viandantes pudiesen ver por dónde pisaban. A lo lejos se oyeron las campanas de alguna iglesia. La estrecha calle peatonal, cubierta por las pintadas en tinta negra de «Franco, Franco, Franco» y «Arriba España», se retorció a uno y otro lado flanqueada por los portones cerrados de las casas.

—Vayamos a tomar otra copa —propuso el inglés.

—Falta poco para el toque de queda. Prefiero ir a dormir.

—Pero aún no me ha contado lo de Texaco —insistió el periodista.

Antes de que Urquiza pudiese hablar, se oyeron unos gritos a lo lejos

precedidos por unas carreras. Varias personas se acercaban por detrás. Urquiza y el inglés se echaron a un lado justo a tiempo para evitar ser atropellados por dos jóvenes que bajaban la calle a toda la velocidad. Los chicos vestían la camisa azul de la Falange con las mangas arremangadas por encima del codo. Llevaban unos veinte metros de ventaja a otros cuatro mozos, tocados éstos con la boina roja carlista.

—¡No corráis! ¡Hijos de puta! —gritaban los perseguidores.

Urquiza miró extrañado al inglés, que se lamentaba por el cigarrillo que se le había caído al suelo.

—Malditos idiotas —dijo tratando de recuperar la colilla.

—¿Qué les pasa a éstos?

—Ya lo ha visto. Los falangistas y los requetés están a la gresca.

Urquiza se sorprendió:

—No entiendo... ¿Es que no los había unificado Franco?

—Precisamente ése es el problema. Los tipos se han integrado tan bien como el agua y el aceite —explicó el inglés.

El periodista de *The Times* renunció a su viejo cigarrillo y sacó otro de la pitillera. Los dos hombres giraron a la derecha y frente a ellos vieron desplegarse la baranda que recorría el río Arlanzón. Urquiza se detuvo frente a un portal abierto. A la derecha, colgado de la pared, un cartel negro con letras blancas anunciaba: «HOSTAL».

—Yo me quedo aquí —dijo Urquiza—. Gracias por la copa.

—No me las dé, y dígame cómo convencieron a los de Texaco.

Urquiza volvió a reír y se dio la vuelta para entrar. Antes de perderse en la negrura del vestíbulo, giró la cabeza:

—Fue sencillo —explicó entre risas—. Los emborrachamos con brandy del bueno. Francés.

* * *

Urquiza apartó la vista de la campiña francesa que se extendía al otro lado de la ventanilla del tren y se fijó en el hombre que acababa de entrar, el teniente Castro. Ellos dos eran los únicos pasajeros en aquel compartimento de primera clase.

—Dice el revisor que llegaremos a Narbonne a las cuatro de la tarde —comentó Castro.

Urquiza asintió con la cabeza. Castro cerró la portezuela, se sentó

frente a él y sacó del bolsillo de la chaqueta papel de fumar y una bolsita de cuero con tabaco. Iba vestido de civil. Era un hombre joven, con la cabeza redonda, el cuello ancho y los hombros cargados.

—Así que acaba de volver de Estados Unidos —dijo mientras encendía el cigarrillo—. Supongo entonces que no habrá entrado en combate.

—No. Ni siquiera estoy alistado —respondió Urquiza.

—Sería deseable que lo hiciera. Aunque, en todo caso, si su misión tiene éxito, habrá prestado un gran servicio a la patria. Negrín es un cerdo, y cuanto antes muera, mejor será para todos.

Urquiza cruzó las piernas y se concentró en su interlocutor. El teniente Castro tenía unos labios alargados que imprimían una perenne sonrisa a su rostro de individuo peligroso.

—¿Y no ha pensado que si muere Negrín los rojos pondrán en su lugar a otro presidente del Gobierno? —le preguntó Urquiza.

Castro entornó los ojos y ladeó ligeramente la cabeza sin despegar la vista de su acompañante.

—No creo que el que venga sea tan radical y tan hijo de la gran puta como Negrín —dijo—. Lo mismo resulta ser alguien dispuesto a rendirse de una vez.

Urquiza bostezó. Apoyó la barbilla en la mano y su mirada se perdió de nuevo en el paisaje francés. Al cabo de un minuto, echó un vistazo al compartimento, y en lo alto, sobre la redecilla que servía de portaequipajes, reparó en la maleta de piel anaranjada de Castro.

—Castro, ¿ha estado usted antes en Barcelona?

—Sí. Antes de la guerra.

—¿Conoce bien la ciudad?

—Normal. —El teniente se encogió de hombros.

—¿Cómo de normal?

—Normal. ¿Le preocupa algo en concreto? —Castro imprimió cierto disgusto a su pregunta.

Urquiza clavó los ojos en el joven oficial nacional.

—¿Que si me preocupa algo? ¿Ha preguntado usted si me preocupa algo?

El tren atravesó con estrépito un túnel corto, y, al salir de él, los pasajeros del compartimento sintieron una leve sacudida.

—No sé si es usted consciente de dónde nos estamos metiendo

—continuó Urquiza—. No sé si es usted consciente de que es muy probable que no escapemos con vida de Barcelona.

Castro forzó una risa feroz con el cigarrillo entre los labios.

—Sí, se nota que no ha entrado usted nunca en combate —dijo sin parar de reír—. Tiene la típica obsesión de los civiles durante la guerra: escapar con vida.

Urquiza asistió impertérrito al arrebato jubiloso del teniente.

—Escúcheme bien —dijo Castro inclinándose hacia delante con el cigarrillo entre los dedos índice y corazón—. Escapando con vida no se ganan las guerras.

El teniente sofocó al fin su risotada y miró a su vez por la ventana.

—¿Dónde luchó usted? —preguntó Urquiza.

—En el Tercio de Cristo Rey.

—¿No es ése un batallón requeté?

—Sí —dijo Castro.

—¿Y han desmovilizado su compañía?

—No. Los míos están ahora en el Ebro, al norte de Gandesa.

Urquiza se levantó. Descolgó su chaqueta del gancho de la puerta y sacó un paquete de cigarrillos.

—La otra noche, en Burgos, vi a unos cuantos de los suyos persiguiendo a falangistas —dijo mientras sacudía la cerilla.

Castro resopló incómodo.

—Esos imbéciles se piensan que España es suya —sentenció.

—¿Quiénes, los falangistas o los requetés?

El teniente encerró todo su desprecio en una única mirada que dirigió a Urquiza. Éste, divertido, le dedicó una media sonrisa.

—Los falangistas son unos señoritos de café, pendencieros y presuntuosos. No respetan nada. Ni al rey ni la tradición. Ni siquiera el uniforme. No sé cómo Franco les permite ponerse la camisa azul debajo de la guerrera. Son asquerosos... —se quejó Castro.

—Pues ahora forman parte todos ustedes del mismo partido político. ¿No los unió Franco el año pasado?

—Bah. —Castro dio un manotazo a una mosca imaginaria—. La mayor parte de los falangistas ni siquiera entiende qué es eso del nacional-sindicalismo que defienden. No hay ninguna ideología detrás de ellos, es todo fachada, sólo coreografía. El Generalísimo hizo lo de la unificación con nosotros para garantizarse la unidad del Movimiento y ganar la gue-

rra. Para que no nos pase como a los rojos, que andan todos a hostia limpia. Los socialistas, los comunistas, los catalanistas, los anarquistas... Pregúntele a los del POUM, cuando los vea, si tengo razón.

El tren pasó traqueteando por un apeadero sin detenerse. Urquiza intentó fijarse, pero no fue capaz de leer el nombre escrito en un travesaño de la empalizada. La súbita apertura de la puerta del compartimento le sorprendió a sus espaldas. Dos gendarmes franceses accedieron al interior.

—*Bonjour. La documentation, s'il vous plaît.*

Los dos españoles les tendieron sus papeles. Castro lo hizo murmurando algo ininteligible por lo bajo. Mientras uno de los guardias examinaba la documentación, el otro no quitaba la vista de encima a los dos hombres.

—*Alors, vous êtes espagnols, n'est-ce pas?*

—*Oui.*

—*Êtes-vous armés?*

Castro y Urquiza se pusieron en pie y levantaron las manos animándoles a cachearlos. Los gendarmes se miraron entre sí y decidieron no hacerlo. Les devolvieron los papeles y salieron del compartimento después de desearles un buen viaje. Castro se dejó caer pesadamente sobre el asiento.

—Menudos majaderos —dijo—. Qué poco les queda.

—¿Poco?

Castro se volvió a la ventana y señaló el exterior con la barbilla.

—Mire, mire por la ventana. ¿Ve todo eso? El año que viene será territorio alemán.

Urquiza rio.

—¿Y los ingleses? ¿Trasladará Hitler su residencia de verano al palacio de Buckingham?

—Los ingleses son un pueblo decadente —dijo Castro.

—Pero son amigos de los americanos.

—Peor me lo pone. Los americanos son un pueblo de palurdos.

—Serán palurdos —admitió Urquiza—, pero le aseguro que tienen barcos mejores que los de Inglaterra, aviones mejores que los de Alemania e infantería mejor que la de Francia.

—Ya, ¿y dónde están los americanos? Ahora que se discute lo de Checoslovaquia, la anexión de los Sudetes al Tercer Reich. Ahora que

Europa está al borde de la guerra, ¿qué dice Roosevelt? —Castro calló esperando una reacción de Urquiza—. Se lo diré yo: Roosevelt no dice nada. Todos temen a Hitler, y le dejarán que ocupe los Sudetes sin disparar un solo tiro.

El tono de Castro fue subiendo a medida que hablaba:

—Estos franceses de mierda hace poco nos hubiesen escupido a la cara. Y ahora mírelos. Están cagados. Les interesa que seamos neutrales cuando luchen contra Alemania porque están muertos de miedo. Pero ni siquiera eso les salvará.

Urquiza miró su reloj. Llevaban ya tres horas en el tren. Se frotó la nuca con la mano izquierda y se acomodó en el asiento.

—¿Dónde se alojará usted en Barcelona? —preguntó.

—Ah, sí, espere. —Castro se echó mano al bolsillo del pantalón y sacó un papel doblado—. Olvidé dárselo antes. Aquí le anoté la dirección. Memorícela y tire el papel. Nadie sabe que estaré en ese piso. Pertenece a uno de nuestros hombres en Barcelona. Lo deja vacío en verano.

Urquiza leyó las señas.

—¿Esto está cerca de la pensión donde voy a encontrarme con los tipos del POUM? —preguntó.

—Sí, a un par de manzanas, en la calle Mallorca. Si tiene algo que decirme, venga a verme. No use el teléfono.

—No pensaba usar el teléfono en ningún caso —dijo Urquiza mientras hacía añicos el papel—. Y usted tampoco lo haga.

Esta vez fue Castro quien consultó su reloj. Miró hacia arriba con aire dubitativo.

—Si llegamos a Narbonne a las cuatro, ¿nos dará tiempo a coger el otro tren a Portbou? —preguntó.

—Olvide ese tren. Cogemos otro que sale mañana a primera hora.

Castro contrajo los músculos de la cara en una mueca de incomprensión.

—Ése no era el plan —dijo—. Teníamos que llegar a la frontera hoy por la noche.

—Pues lo haremos mañana —sentenció Urquiza.

—Pero ¿quién se cree usted que es? ¿Cómo se permite modificar así las órdenes?

—Aún no las he modificado —dijo Urquiza con un tono calmado—. La cita con el POUM es pasado mañana, y allí estaré.

—Las órdenes son coger el tren de hoy a Port... Un momento, ¿cómo que «aún»? ¿Qué quiere decir...?

Urquiza le interrumpió:

—Mire, Castro. Quizás usted no se haya puesto como objetivo escapar con vida de Barcelona, pero el caso es que yo sí. Cumpliré la misión, pero tomando ciertas precauciones. Únicamente para reducir nuestra previsibilidad. Y no necesito su autorización para ello.

Castro se acercó a Urquiza apoyándose en el borde del asiento. Al hablar, apuntó a su acompañante con el dedo índice.

—Escuche. No me gusta tener que decir esto, pero le ruego que guarde el debido respeto a mi graduación y me llame «teniente».

—No pienso llamarle «teniente», y menos aún en territorio enemigo —dijo Urquiza adoptando el mismo tono que su acompañante—. Y le recuerdo que sus órdenes son ayudarme, aunque me conformo con que no me ponga las cosas difíciles.

Castro se echó hacia atrás y cruzó las piernas mirando a Urquiza con enojo. Se abrió un botón de la camisa y toqueteó algo que llevaba colgado al cuello.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó Urquiza.

—No le importa —respondió Castro mirando por la ventana.

—Sí me importa. ¿No será un crucifijo?

Castro se abrió los botones superiores de la camisa y se sacó algo que tendió a Urquiza. Se trataba de un escapulario blanco con un bordado: un corazón sangrante circundado por una espina y coronado con una cruz. Por detrás, también bordada, venía la inscripción: «DETENTE, BALA».

—¿No pensará llevar puesto esto en Barcelona? —preguntó Urquiza devolviéndole el escapulario.

—Ya lo creo que sí.

—Está usted loco de atar.

—Bah, usted no entiende nada, no sabe nada. —Castro volvió a inclinarse hacia delante y señaló el escapulario que volvía a llevar pegado al pecho—. Esto es lo más importante, por lo que luchamos. Es mi identidad.

Urquiza negó con la cabeza y, apoyando la barbilla en la palma de la mano, dejó que su mirada se perdiera en la campiña francesa, que pasaba a toda velocidad al otro lado de la ventanilla.

* * *

—Tiene asignada la habitación número doce —dijo el empleado de recepción con un fuerte acento catalán.

—Ya lo he oído. Y le repito que quiero otra en la segunda planta.

—Pero si no ha visto la suya...

—Me da igual —le interrumpió Urquiza—. El doce no me gusta.

El empleado exhaló un chorro de aire por la nariz. Miró con desprecio al tipo de la barba que tenía enfrente y, harto de la porfía, pasó con rabia las hojas del libro de registro. Se apoyó pesadamente en el mostrador, tachó una línea y anotó algo en otro lugar.

—¿El veinte le da buena suerte?

Urquiza asintió con la cabeza. Firmó el libro, recogió la llave y subió las escaleras cargando con la maleta al hombro. Una vez dentro de su habitación, el agente nacional realizó una rápida inspección del cuarto. Tendría unos quince metros cuadrados y era una única pieza. Conectaba con la habitación contigua por una puerta situada junto a la cama. Urquiza quitó el cerrojo y trató de abrirla. Estaba cerrada también por el otro lado. Examinó la jamba y comprobó que se abría hacia dentro. Volvió a echar la llave y corrió la cama para bloquear el paso. Al hacerlo, un chirrido estridente rasgó de lado a lado el silencio del lugar.

Miró a su alrededor. Frente a la cama, en la pared del fondo, vio una palangana con un jarrón bajo un espejo. Aquello era el aseo. El baño, compartido, estaba fuera, al final del pasillo. Urquiza se asomó a la ventana. No había terraza.

Satisfecho, puso su maleta sobre la cama y la abrió. Metió la ropa en el armario y se quitó los zapatos. Después de dejar la maleta vacía debajo de la cama, se tumbó para descansar.

No había pasado una hora cuando llegó la policía. Los guardias de asalto.

* * *

El oficial al mando llevaba el uniforme azul marino de diario, con la gorra de plato, corbata y cartuchera. Le acompañaban dos guardias con el uniforme de faena, pistola en mano.

Urquiza les abrió la puerta nada más oírles llamar. Obedeciendo las

órdenes que recibió, se puso contra la pared con las manos detrás de la cabeza. Mientras el oficial le cacheaba, oyó cómo los otros dos agentes registraban lo poco que había que registrar en la habitación.

—Aquí están los papeles —dijo al oficial uno de los agentes—. Estaban en la maleta.

—Dese la vuelta —le ordenaron.

Al ver al oficial ojear la documentación falsa que le habían proporcionado en Burgos, Urquiza tragó saliva y tosió al atragantarse.

El guardia de asalto sacó del bolsillo superior de la guerrera un papel y un lápiz, echó un vistazo a la documentación y escribió algo. Cuando terminó, dio el trozo de papel a uno de sus subordinados.

—Id los dos a la Comisaría General de Orden Público y pedid que comprueben si tiene antecedentes —les ordenó—. Yo me quedo aquí con éste. Volved rápido.

Los dos agentes salieron de la habitación a paso ligero. El agente nacional seguía con la espalda pegada a la pared, recorriendo nerviosamente el cuarto con la vista.

El oficial pasó junto a él y, dándole la espalda, se asomó por la ventana. Urquiza dio un paso al frente. El guardia se giró:

—Tranquilo —dijo—. Ya se han ido.

El agente nacional se quedó paralizado junto al aparador de la palan-gana con aire desconcertado.

—¿Por qué ha cambiado la habitación que le reservamos? —preguntó el guardia de asalto en un susurro.

—Tenía dudas.

—Pues ahora las dudas las tiene el de recepción. Nada más entrar, nos ha dicho que en esta habitación había alguien sospechoso. —El guardia abrió el armario, descolgó una camisa y se la tiró a Urquiza—. Debe cambiar de hostel ya mismo. Haga el equipaje.

El agente nacional sacó el resto de sus cosas del armario, recogió la maleta de debajo de la cama y fue metiendo todo en el interior.

—¿Adónde voy?

—Vaya a una casa de huéspedes llamada El Sol, en Pelayo, doce, segunda planta, junto al Hospital Militar. Tome, lleve esto.

El de asalto entregó a Urquiza una cuartilla doblada que se había sacado del bolsillo del pantalón.

—¿Qué es?

—Un salvoconducto de estancia en Barcelona expedido por el Departamento de la Presidencia de la Generalitat. No es mucho, pero siempre será mejor que los papeles chapuceros que le han dado los suyos. La pena por circular con documentos falsificados es de quince años en un campo de internamiento con trabajos forzados en un batallón disciplinario.

—¿No averiguarán nada raro los agentes que han ido a comisaría? —preguntó Urquiza señalando la puerta con el pulgar.

—No se inquiete. Les he apuntado el nombre de mi cuñado.

El agente nacional terminó de hacer el equipaje. El oficial le habló desde la ventana, por donde miraba a la calle a través de los visillos.

—Esta noche vaya al teatro Español, a la función de las diez. Antes del intermedio, diríjase al aseo y enciérrese en el último retrete. Allí le encontrará nuestro hombre. Se llama Balcells. Lo reconocerá por las patillas, que le llegan casi a la mandíbula. Él será su contacto con nosotros.

Urquiza asintió a todo. Cerró la maleta y la puso en el suelo.

—Ese Balcells, ¿es un dirigente del POUM? —preguntó.

—No, un militante, como yo. La mayoría de nuestros dirigentes están detenidos a la espera de juicio. Los comunistas llevan tiempo tratando de encontrar pruebas de traición, pero lógicamente no las encuentran.

El guardia se fijó en el equipaje, ya preparado.

—¿Ha terminado ya?

—Sí —respondió Urquiza.

—Tome, guarde esto.

El oficial entregó a Urquiza una pistola. El agente nacional la examinó con curiosidad. Era muy pequeña, casi de juguete, y estaba cargada.

—Es una Star 1906 —aclaró el guardia—. Cañón fijo, semiautomática, calibre 6,35.

—Está hecha una mierda.

—No tenemos nada mejor. El año pasado, durante los sucesos de abril, los soviéticos requisaron todo el armamento al POUM. Ésta se la quitamos hace poco a un fascista. Quédesela, puede necesitarla.

Urquiza se guardó la Star en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Usted participará también en lo de Negrín? —preguntó.

El oficial resopló.

—Haré lo que pueda.

Urquiza cogió la chaqueta, que estaba sobre la cama, y se la puso.

—No se vaya todavía —dijo el guardia volviendo de nuevo a la ventana—. Debemos esperar a mis agentes.

* * *

Hacía cinco minutos que los guardias del Cuerpo de Seguridad se habían marchado. Siguiendo el consejo que le había dado el oficial de policía militante del POUM de no abandonar el motel de manera inmediata, Urquiza aguardó en el cuarto de la pensión, sentado en la cama, fumando con la vista perdida en algún punto del zócalo que recorría la pared.

Apagó el pitillo, se levantó y cogió un lápiz del bolsillo de su chaqueta. Volvió a la cama y deshizo uno de los cigarrillos del paquete. Extendió el papel y empezó a escribir en él: «ME TRASLADO A LA PENSIÓN EL SOL. PELAYO, 12, 2^a».

Urquiza relejó el mensaje, meditó unos segundos y negó de manera imperceptible con la cabeza. Usó el papel para liar nuevamente el cigarrillo y lo encendió. Se levantó y abrió la ventana para asomarse. Eran las seis de la tarde y el sol caía plomizo sobre Barcelona. Unos pocos niños correteaban dando patadas a los cascotes que se habían desprendido de las antiguas barricadas que cruzaban la calle. Por la derecha venía un viejo descamisado tirando de una mula que cargaba con dos cántaros encajados en los arreos.

El agente nacional cerró la ventana, puso su maleta debajo de la cama y bajó a la calle. Al pasar por la recepción, vio al empleado ojeando una revista.

—Prepare la cuenta —le dijo sin detenerse—. Me marcho dentro de un rato.

El tipo levantó la vista y lo siguió con la mirada, pero no dijo nada.

Urquiza bajó el escalón del portal y tomó el camino de la derecha. Al cruzar vio a dos hombres, uno de ellos ataviado con uniforme militar, que revolvían entre un amasijo de objetos abandonados en mitad de la calle. El civil estaba sentado en una silla e, inclinado, examinaba un colchón medio desvencijado del mismo color que la suciedad del suelo. El otro tenía la atención puesta en varios cojines tapizados que iba probando llevándose los a la cara.

Bajando por la calle Muntaner, giró a la izquierda y llegó a la plaza de Cataluña. Frente a él vio el hotel Colón, fácilmente reconocible por las letras colgadas junto a las mansardas. En la misma fachada del edificio,

Urquiza vio dos pinturas, una de Stalin a la derecha y otra de Lenin a la izquierda. Encima de ambos habían desplegado una tela con las siglas del PSUC, y, en medio, una pancarta roja decía con letras blancas: «HONOR ALS HEROICS LLUITADORS DE LES BRIGADES INTERNACIONALS». Debajo había varios carteles que animaban al alistamiento, también en catalán. Urquiza dejó atrás la explanada situada frente al hotel, casi desierta a aquella hora de la tarde, y subió por el paseo de Pi i Margall.

Unos metros antes de llegar a su destino en la calle Mallorca, vio en la acera de enfrente un chico de unos doce años sentado junto a una farola contando monedas. A sus pies tenía unos cuantos periódicos aún sin vender. El agente nacional se encaminó hacia él.

—Dame uno.

—Son treinta céntimos.

Urquiza tomó el ejemplar de *La Vanguardia* que le tendió el chico y caminó despacio para leer las noticias de la primera plana. «RESISTENCIA DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS», «CONTRAATAQUES RECHAZADOS EN LA ORILLA DERECHA DEL SEGRE», «LA PRESIÓN DE LOS INVASORES EXTRANJEROS EN EL FRENTE DE EXTREMADURA».

El agente nacional levantó la vista. El portal estaba al otro lado de la calzada. Dobló el diario y se dispuso a cruzar. Justo en ese momento se abrió el portón y por él apareció un hombre de cuello ancho y hombros cargados vestido con pantalón de tela marrón y una gorra de obrero: era el teniente Castro.

Urquiza hizo amago de dirigirse hacia él, pero se detuvo en seco. Castro no lo había visto. El teniente se caló la gorra que llevaba puesta y se puso en marcha calle abajo con las manos en los bolsillos. Urquiza vio cómo se alejaba, y, cuando llevaba unos quince metros de ventaja, dobló el periódico, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y emprendió la persecución desde la acera de enfrente, procurando que el oficial carlista no lo viese.

Urquiza trató de seguir la figura de Castro a través del reflejo de los escaparates que había en su lado de la calle, pero le resultó imposible por las tiras adhesivas que habían pegado en los cristales de lado a lado para evitar que éstos estallasen en mil pedazos con las detonaciones de las bombas. En todo caso, Urquiza no precisó de artimañas profesionales de persecución, pues el paso de Castro era descuidado y en ningún momento hizo ademán de asegurarse de no ser seguido. El teniente bajó hasta la calle Aribau y se detuvo frente a un portal situado junto a una mercería.

Urquiza sacó el periódico y se apoyó en la esquina para observar a Castro con disimulo. El teniente extrajo del bolsillo del pantalón una llave y entró en el edificio. Cuando la puerta se hubo cerrado, Urquiza se acercó.

El portal estaba cerrado. Junto a él, el agente nacional vio un panfleto pegado a la pared. Tenía el distintivo de la Generalitat y decía: «ACORDS DE L'ASSEMBLEA DE MUNICIPIS CATALANS ALS QUALS FAN REFERÈNCIA LES RESOLUCIONS DEL CONSELL D'AGRICULTURA». Lo que venía debajo también estaba en catalán, y Urquiza dejó de leer.

No había nada fuera del portal que delatase la presencia de ninguna oficina o despacho. Parecía una casa de vecinos de tres plantas de las muchas que había en la zona. El agente nacional dio un par de pasos atrás y miró hacia arriba. Usó la mano de visera para tratar de ver si alguna persiana se abría o cualquier otro movimiento delataba la entrada de Castro en algún piso en concreto. Nada sucedió.

Urquiza cruzó la calle, buscó el reparo de la sombra y se sentó en un banco a leer el periódico. Desde allí podía ver el portal cerrado al otro lado de la calzada. En la página tres del diario, un articulista llamado Abraham Polanco explicaba «por qué no contesta el fáccioso Franco» a los requerimientos internacionales para retirar del frente a los voluntarios extranjeros. La República había anunciado ya que las Brigadas Internacionales que luchaban a su lado serían repatriadas, pero el bando franquista no había dicho nada al respecto. Lógicamente, el general Franco no estaba dispuesto a renunciar a la generosa ayuda en hombres que Hitler y, sobre todo, Mussolini le estaban prestando.

En la página ocho, Urquiza vio la cartelera de espectáculos. La función del Español que empezaba a las diez llevaba por título: *El misterio de la mujer sin nombre*.

El agente nacional lanzó miradas ocasionales a los balcones del inmueble. En ninguno de ellos había macetas o cualquier otro síntoma de vida en su interior. Nada anormal ocurrió en los minutos que siguieron. Ni se movieron las cortinas de ninguna vivienda, ni entró ni salió nadie por el portón de la calle.

Urquiza volvió al periódico y poco después miró su reloj. Chasqueó nerviosamente los dedos de su mano derecha y, dándose un golpe en el muslo con *La Vanguardia*, emprendió el camino de regreso hacia la pensión.

Recogió la maleta del hostel y pagó la cuenta. Se trasladó acto seguido al motel El Sol de la calle de Pelayo y sin perder un minuto salió al teatro Español. Llegó justo a tiempo para la sesión de las diez.